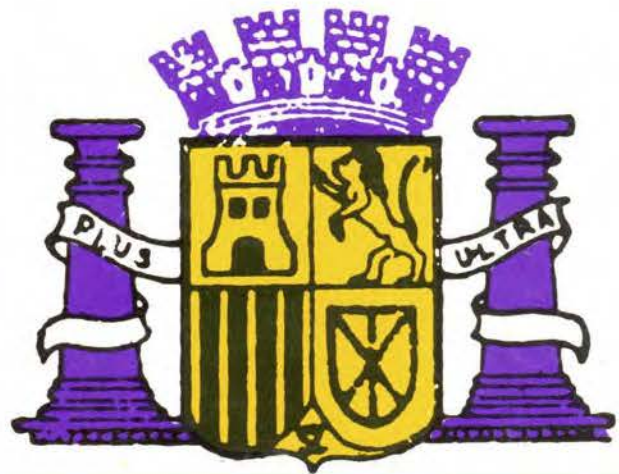


THESIS

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFIA Y LETRAS

- ▶ **JOSE GAOS**
- ▶ **FRANCISCO MIRO QUESADA**
- ▶ **VERA YAMUNI**
- ▶ **OSCAR ZORILLA**
- ▶ **LEOPOLDO ZEA**
- ▶ **ERNESTO MEJIA SANCHEZ**
- ▶ **ANDRES LIRA**
- ▶ **LUIS ELIO**
- ▶ **JOSE ANTONIO MATESANZ**
- ▶ **FELICITAS LOPEZ PORTILLO**

3



**HOMENAJE A
JOSE GAOS
HOMENAJE A
ALFONSO REYES**

OCTUBRE / 1979

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.

Año 1, Número 3

Octubre / 1979





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Secretario General Administrativo:
Ing. Gerardo Ferrado Bravo

Secretario General Académico:
Dr. Fernando Pérez Correa

THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas
Editor: José Antonio Matesanz
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,
Juliana González, José Antonio Matesanz

Secretaria de Redacción: Elsa Cross.
Diseño: Germán Montalvo

INDICE

La tradición presente. JOSE GAOS 5
Lo mexicano en filosofía

Homenaje a JOSE GAOS 15

LEOPOLDO ZEA 16
José Gaos en el recuerdo

FRANCISCO MIRO QUEZADA 20
La filosofía como aventura personal

VERA YAMUNI 28
De la aforística de José Gaos

ANDRES LIRA 35
Recuerdos del seminario de José Gaos

OSCAR ZORRILLA 40
Soneto

HOMENAJE A ALFONSO REYES (1890-1959) 41

ERNESTO MEJIA SANCHEZ 42
Una antología impersonal de Reyes

LUIS ELIO 50
Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte. España, 1936 (fragmentos)

JOSE ANTONIO MATESANZ 64
La guerra civil española

FELICITAS LOPEZ PORTILLO 71
Características del "fascismo" español

NOTAS Y RESEÑAS

Roberto Heredia Correa sobre la Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. 77

LUIS ELÍO

**Soledad de ausencia.
Entre las sombras
de la muerte. España, 1936
(fragmentos)**

Los textos que a continuación presentamos son parte de una obra difícil de calificar, pero que básicamente constituye el testimonio de una experiencia personal insólita: la de un hombre que permaneció escondido durante los tres años de la guerra civil española, en un desván, completamente solo.

Luis Elío, nacido en 1896 en Tarragona, España, y muerto en México en 1968, escribe para explicar, fundamentalmente para *explicitarse*, la destrucción de su mundo.

De familia aristocrática, carlista, con gran abolengo en la historia de España, Elío vive rebelándose contra la tradición familiar. Llega a ser Juez Municipal de Pamplona y primer Presidente de los Jurados Mixtos de Navarra, que inician, en esta provincia, un intento por armonizar los intereses entre obreros y patronos.

Aprehendido en Pamplona el día mismo que estalla la rebelión militar —la capital navarra era centro de operaciones del Gral. Emilio Mola, principal organizador de la conspiración—, y a punto de ser fusilado, logra huir y

encuentra refugio y cárcel en la casa de un falangista, que paga así antiguos favores. Contra Elío pesaba la acusación de ser partidario de la República española. En aquellos momentos, y sobre todo en Navarra, eso era más que suficiente para ser liquidado sin mayores averiguaciones.

Terminada a principios de 1965, en *Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte. (España, 1936)*, —que próximamente publicará en su totalidad la Facultad de Filosofía y Letras— Elío revela lenta y doloridamente la herida que lo marcó para el resto de su vida. Relato de su aventura, recreación de sensaciones provocadas por el encierro, reflexión sobre el acontecer histórico español, justificación personal, lamento por la tragedia que se abatía sobre sí mismo y sobre España, desahogo de una carga de rencores contenidos por muchos años, este texto está presidido por un ¿por qué? que no encuentra respuesta, y que nos cuestiona y compromete a todos.

Francisco Noriega - José Antonio Matesanz



Mi mente es un caos; no hay en ella una cronología de recuerdos, un ver de mis ideas que se suceden veloces, como relámpagos, sin dejar una cauda de luz, que me ilumine, que pueda retenerla en mí. No hay fornicio ni coyunda que las haga concebir, engendrar un pensamiento capaz de llevarme a la realidad, al razonar, al camino por donde debo de ir; que sea la premisa necesaria para poder actuar. Todo está entremezclado, confundido, apellucado, formando un entresijo imposible de desenredar. Hago lo que puedo, con un esfuerzo inútil que me agota.

Por eso escribo, por eso intento escribir, para lanzar a mis ideas el anzuelo de la palabra que la atrape. Bien sé que la palabra en sí, como expresión, es ya pensamiento, pero también conozco el valor de las palabras mágicas, de las que por sí solas, sin la fuerza o el prestigio de un pensar, deshacen o crean. Estas son las que yo busco. Existe lo inefable, lo que no se puede o no se sabe decir, un indicar con ello que no haya un pensamiento en formación que está en espera de la palabra que lo nutra y lo lleve a luz. Esa magia de la palabra que llega a transformarse en pensamiento, yo sé que existe, que está guardada, escondida entre las páginas de la historia. El pueblo hebreo la aplicaba. Muchas veces no podía explicar su pensamiento, siempre vago y difícil de fijar, ocupando entonces sus palabras el lugar de sus pensamientos. Nunca pronunciaban los nombres sagrados de Adonay, Jahvé y Elohim, por considerar que el conocimiento de un nombre sagrado daba poder sobre el ser a quien se designaba.

No sé explicarme, no me entiendo, no puedo convenirme; son divagaciones a las que me obliga esta soledad. Todo es inútil, inservible; por más que escudriño tampoco encuentro esas palabras poderosas, decisivas; sólo vienen las de todos los días o las que me martillean con la agudeza de sus gritos. Volveré a la quietud, al silencio, a este silencio de mortaja del que no puedo librarme, en el que nadie me habla, nadie viene a decirme, en el que jamás encontré la voz que me acompañe.

La realidad, la imprevista e inesperada realidad, no me dio tiempo a ver, a comprender, a situarme. Un alud de angustia me sepultó en la nada. Sólo un profundo suspiro de sorpresa que se quedó trunco, prisionero de los pulmones que no le permitieron escapar. Ni un llanto, ni un quejido, ni el tembloroso agitar del miedo, ni tan siquiera una punzada precursora del dolor: nada. Cero, cero absoluto, más allá del punto de congelación.

No he debido dormir, ni comer, ni me ha urgido ninguna necesidad fisiológica. El jergón sigue en su sitio. El paquete de la comida y la botella de vino están intactos. Mi postura no ha variado; tal vez algo más arqueada hacia mis rodillas para poder escribir sobre ellas. No hay una mesa o un cajón en qué apoyarme. Si quiero seguir escribiendo, he de ir en busca del recuerdo para traerlo de la mano y que no se me pierda entre la niebla. Sí, ayer llegué; a las diez de la mañana entré en este cuarto: domingo 19 de julio de 1936.

Es una habitación cuadrangular de un poco más de tres metros por lado; no tiene ventanas, tan sólo un ventanuco, una pequeña lumbrera en el techo que debe de asomarse directamente al tejado, pero tan avara de pen-

umbra que no deja pasar un rayo de sol. Una tenue claridad, opacada aún más por la suciedad del vidrio, me ayuda a ir conociendo lo que me rodea. Este cuarto debió de utilizarse como lavadero. Frente a mí, a mi derecha, cerca del rincón, hay una piletta atiborrada de papeles, de libretas, de periódicos rotos y viejos saturados de polvo; por fortuna la piletta tiene un grifo con agua corriente. Entre esos papeles polvorientos encontré estos cuadernillos con algunas hojas disponibles. Estoy sentado casi en el centro del cuarto, sobre un pequeño cajón de madera lleno de botellas vacías. No hay una silla, una mesa, un mal catre en donde descansar. A mi izquierda, en el otro rincón, recogida y amontonada el resto de la basura; varias cajas de cartón que contienen trapos y retales, frascos, botés vacíos, y una abandonada silla rota. Todo está medio escondido por el bulto que forma el jergón, fuertemente atado por una soga, y que esconde una manta raída y una almohada sin funda que habrán de ser mi yacija y mi abrigo; he de ejercitarme en enrollarlos con la mayor prontitud para evitar toda sorpresa. Es lo único que tiene forma humana, así, ventruado, recostado sobre la pared, con cilicio de sayal y soga en la cintura semeja fraile limosnero huido del convento. Mi corazón me anuncia que nos entenderemos, que el cariño surgirá entre nosotros. Las paredes, que debieron ser blancas, carecen de todo adorno que las anime: una estampa, un cuadro, un espejo, o por lo menos un viejo calendario a quien signar cada día que muera.

Penumbra y silencio.

No llega hasta mí ningún ruido, ni de la casa ni de afuera: el deslizarse de unas pisadas, el siseo de una conversación, el crujir de una puerta, la bocina de un automóvil, el quejumbroso chirriar de una carreta, la nítida canción de unos niños: "Yo tengo un castillo / matarile, ríle, ríle..."

Ya va avanzada la mañana. El sol estará encumbrándose y sigue la penumbra. No hay un generoso rayo que me traiga a mi sombra, a esa sombra negra, maciza, pesada, contorneada, la que fue mi eterna compañera. Es la primera vez que nos separamos; si estuviésemos juntos la hablaría, me aconsejaría, afrontaríamos serenamente esta situación. Debe de ser la parte del mío que me falta.

No tengo a quien pedir una taza de café que me reanime, ni puedo fumarme un cigarrillo; es tabú; es una de las órdenes prohibitivas, terminantes, inapelables; el amo no fuma, todo el mundo lo sabe, y el olor del humo podría denunciarme. Tendré que aguardar a que sea de noche, a que pase la media noche, a que todos duerman. Me pondré de puntillas sobre este cajón, abriré el ventanuco, daré dos chupadas y exhalaré el humo sobre el tejado con toda la fuerza de mis pulmones.

Las órdenes me las trasmitió Fermina, la criada, de parte del amo: moverme lo menos posible, no toser, no estornudar, no hacer ruido, no cambiar cosa alguna de su sitio. Si usaba el grifo, tener mucho cuidado en que no se mojaran los papeles y no se humedeciera la piletta; que no se marcasen en el polvo las huellas de mis dedos; no limpiar nada; el polvo y la suciedad serían nuestra garantía; había que dar la impresión de que el cuarto estaba

deshabitado; y sobre todo no llamarlos. Fermina vendría por la noche, apagadas ya todas las luces, a traerme la cena y la comida. Como en el cuarto no hay luz eléctrica, también me traería una vela para que me alumbrase en el momento de cenar.

No suben, no vienen a verme, no saben si me he muerto o si tengo algo urgente que comunicarles y que a ellos mismos les pueda interesar. ¿Qué les ha podido suceder? ¿Habrán llegado fuerzas del Gobierno y se estará luchando en las calles? Imposible, ya ganaron la partida en el primer envite. ¿Tendrán alguna noticia de los míos que no se atrevan a comunicarme? ¡Qué angustiosa incertidumbre! En casa no hay dinero, no las dejarán acercarse al Banco, hay que entorpecerlas todo intento de huida. ¿Habrán encontrado algún familiar, algún amigo caritativo que las tienda la mano, que las ayude, que las aconseje, que las guíe? Todos éramos conocidos, todos éramos amigos, no existía el odio entre nosotros. Pero ahora todo debe de ser miedo, cautela, precavido aislamiento, cuidadosa medida hasta para los más pequeños gestos; todos los ojos miran, observan, espían, denuncian. ¿Las habrán detenido? No los creo tan torpes, y bien saben que ellas pueden ser el cebo que muerda la alimaña, la alimaña perseguida que soy yo. Son pacientes para la espera y el acecho. Y ellas ¿qué podrán hacer, qué tendrán pensado hacer? ¿Creerán que he huido y las he abandonado, que estoy en la cárcel, que me han fusilado, que me asesinaron en el recodo de un camino? Me vieron salir de casa detenido, custodiado como un malhechor por hombres armados prontos a disparar. Me estarán buscando por todas partes, indagarán, preguntarán, suplicarán. ¡Qué demoníaco placer para los que envidiaban nuestra felicidad! “Y vió Jehová que la malicia de los hombres era mucha en la tierra y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo sólo el mal”.

Aquella mañana no recordaba la de otros años. No se vivía el alegre bullicio del adiós a las fiestas, ni se palpaba el vibrar del griterío, de las risas, de las canciones, de todo aquello que era el alma de los sanfermines, la razón de ser de los pamplonicas, el premio a su resignada espera. ¿Qué podía suceder para que todo esto hubiese desaparecido?

Hasta nuestro piso, último de la casa, sólo llegaban tímidos y vacilantes murmullos que se iban abriendo paso poco a poco, tanteando el terreno, como si caminasen sobre un precipicio cubierto de nieve y no supiesen del desfiladero en el que podían ser sepultados.

Como fintas de un combate gímnico, se comenzaron a oír los vivas y los muertas. Atisbé por entre los visillos pequeños grupos que más bien parecían curiosos espectadores en espera de un improvisado espectáculo. Sin embargo, de entre ellos había un grupo aislado y numeroso que era el que llevaba la voz cantante, deí que partían los vivas y los muertas, del que resaltaban las camisas azules de los “falangistas” y las rojas boinas de los “requetés”. Eran los que portaban, orgullosos y provocadores, una bandera monárquica saludada con los acordes de la Marcha Real.

Las calles estaban abiertas, podían hacer lo que les viniese en gana; no encontrarían ningún obstáculo que les detuviese, ni se les enfrentaría ninguna fuerza del Gobierno: la Guardia Civil, los Guardias de Asalto, la policía, el Ejército, nada. ¡Habían ganado la partida!

¿Fue mi temor lanzado al futuro, el asombro ante una imprevista y amenazadora realidad, la estúpida confianza en mi hombría de bien juzgándome libre de toda culpa la que me paralizó, lo que me impidió adoptar una rápida decisión que nos resguardase y protegiese? ¿Cómo es posible que no comprendiera, que me obcecara hasta tal extremo cuando en la misma tarde anterior, a poco de despedirme del Capitán de la Guardia Civil en la Plaza del Castillo, me llegaba al Juzgado la noticia de que sus propios soldados lo habían asesinado en el cuartel? De todos modos habría sido inútil; se nos había escapado el momento oportuno; estábamos atrapados. Llamaban en la puerta: yo mismo abrí.

Por su vestir parecía un hombre de campo. No se molestó en descubrirse ni en dar los buenos días, ni tan siquiera en mirarme a la cara. Iba en busca de un algo que no encontró y en vano vigilaba y husmeaba por todos los rincones. Con aquellos sus erizados y negros bigotes parecía un perro buccero decidido a ponerse en muestra. No rogó el favor; lo exigió:

—Vengo a que me firme este certificado de nacimiento; su Secretario ya lo hizo.

¿Para qué crear dificultades y demoras innecesarias? Le firmé el documento y le despedí.

Le debían de estar esperando en la misma escalera; no había tenido tiempo de llegar al portal y ya estaban llamando de nuevo. Ahora venían sobre seguro; no había temores a resistencias ni alborotos; se me podía cazar sin peligro. Eran dos policías de la secreta y dos falangistas que estrenaban sus flamantes camisas azules y las pistolas ametralladoras que empuñaban. Los de la secreta, que en la tarde anterior me habían visitado en mi despacho para ofrecerme sus servicios, se hicieron los desconocidos y se identificaron mostrándome sus placas:

—Venga con nosotros; queda usted a la disposición del General Mola.

Tan cerca estaban de mí, que notaba el tibio calor de sus cuerpecitos; veía sus caritas de miedo y de pena; sus manecitas que intentaban sujetarme. Se me atragantaban las palabras de consuelo y de esperanza; no tuve fuerzas ni valor para darles un beso. Cerré con un portazo. Aún no habíamos llegado al primer rellano de escalera cuando el ascensor se detuvo en mi piso; salieron de él cuatro requetés uniformados y bien protegidos con sus fusiles:

—No llaméis; ya lo tenemos.

Yo iba adelante entre los dos policías; inmediatamente detrás los dos falangistas apuntando sus pistolas contra mis riñones y, por último, los cuatro requetés. ¡Ocho hombres armados para custodiar a un hombre inerte como yo! Así desfilamos: yo, dominando el impulso de volver la cabeza y mirar hacia las ventanas de mi casa, suplicando, rezando a todo los santos que mi mujer y mis hijas no me estuvieran viendo. Las gentes acortaban su

paso, se detenían, comentaban; se entreabrieron algunas ventanas y balcones. La curiosidad me había convertido en un alfilerero de miradas.

Llegamos a la Comisaría. En un cuartito pequeño, que de ordinario servía de antesala de espera, nos aguardaba un hombrecillo desaseado, sin afeitado, con barba de varios días blanqueadas de caspa sus solapas, enrojecidos los ojos por el insomnio y el humo del tabaco de una colilla pendiente de la comisura de sus labios. Uno de los falangistas le habló al oído; el hombre sacó de sus bolsillos una libreta de ahuladas tapas negras: revisó una lista, encontró un nombre, el mío sin duda, y lo señaló con una hoja aspa de San Andrés. Ordenó a todos: —Sigan con su trabajo y dense prisa; a éste —indicándome a mí—, déjenlo en el Cuerpo de Guardia.

Así lo hicieron. Los guardias, que estaban desayunando su café con leche, tuvieron la discreción de esperar a que los otros se fueran para saludarme:

—Buenos días; ¿usted gusta?

Al vez, sin que nadie le avisase, él me había visto por su propia cuenta. Me llevaron al despacho del Comisario. Aunque apenas si nos conocíamos y nuestro trato se había limitado a las obligadas relaciones oficiales, siempre se habían distinguido éstas por una recíproca y cortés deferencia.

—No le invito a sentarse porque no podemos perder el tiempo en preámbulos. ¿Usted sabe la situación en que se encuentra? Los que le han detenido son mozos que han venido de los pueblos para que no se les conozca.

Nosotros no podemos hacer nada; no debemos hacer nada. Son las órdenes recibidas que no tenemos más remedio que acatar. Ahora han salido en busca de más detenidos. Usted ha tenido la suerte de que le detuviesen el primero. Cuando los tengan a todos, los meterán en el camión que espera en la puerta y se los llevarán con rumbo desconocido para matarlos en el recodo de un camino o detrás de las primeras tapias que encuentren. Usted sabe lo que tiene que hacer. Puede escapar por la puerta del Cuerpo de Guardias sin temor de que mis hombres le digan nada. Desde luego usted y yo no nos hemos hablado, ¿entendido?

Sin decir palabra le extendí la mano; había enmudecido de gratitud y de miedo.

Tuve que hacer acopio de una serenidad que no sé de dónde recogí. Ya en la calle, todavía frente a la puerta, me puse mis lentes oscuros para protegerme del sol. Sin apresuramientos me dirigí hacia la derecha; me estaba jugando la vida; un escalofrío serpenteaba por mis espaldas en espera de recibir la descarga de fusiles y pistolas que sin duda me amenazaba. Tranquilo, despacio; despacio, tranquilo, despacio; despacio, tranquilo... Yo mismo me quería sugestionar marcando el ritmo de mis pasos.

Era inútil y peligroso volver a mi casa o acudir en busca de la protección de amigos y parientes; no conducía a nada.

Comencé a sentir el cosquilleo de una tentación: la de jugarme el todo por el todo, al azar, a la buena fortuna,



como en un albur. Me fascinaban aquellos autobuses y tranvías que estaban circulando delante de mí y podían llevarme hasta la frontera. Todo se reducía a un gesto: levantar la mano, pedir la parada y entregarme a lo desconocido. Pero ellas me sujetaban; su recuerdo me retenía; era aumentar su desamparo si yo me escapaba. Lo que apremiaba de momento era librarme de aquellos palos de ciego, de aquellos primeros golpes de unos mozos irresponsables y desconocidos.

Debía de apresurarme por salir, por escapar de aquel laberinto de calles en las que mi huida me había obligado a meterme barzoneando a la ventura. Se iban poblando de miradas insistentes y de ojos inquisitoriales. Tenía que encaminarme hacia las afueras, buscar la arboleda en donde guarecerme, el rincón que me permitiese recapitular sobre lo que me acontecía. Necesitaba de unos momentos de calma para decidir y resolver en definitiva.

Había conseguido cruzar los carriles del Plazaola. Allí, precavido, cauteloso, detrás de la caseta del guardavía, me convencí de que no me seguían. Bajé hasta los fosos de la Ciudadela: en aquel tejar abandonado, detrás de aquellos montones de adobes, nadie podía verme: encendí un cigarrillo y me lo fumé hasta quemarme los dedos.

¿Por qué se me ocurrió su nombre? Jamás nos habíamos dirigido la palabra. Sólo recordaba que en algún tiempo debió de administrar las haciendas de mi padre, quien lo tenía en gran estima por su honradez y laboriosidad. Yo también conocía su significación carlista, su influencia y preponderancia en el Partido, en donde siempre se tomaban en cuenta sus sugerencias y consejos. Esto me hacía titubear.

Creo que fue más bien la ubicación de la casa lo que me decidió. Casi todos los días pasaba frente a ella al ir hacia mi finca. Era una casa aislada, de dos pisos, de fachada enjabelgada, sin valladar ni jardín, a unos pocos pasos de la carretera, la única habitada del contorno; lo demás eran unos cuantos solares vacíos, debidamente tapiados y dispuestos para poder edificar en ellos. Aquel aislamiento era lo que me atraía: la confianza de que nadie podría llegar hasta allí; como si la casa se hubiese convertido en una fortaleza inexpugnable.

No debía de perder más tiempo; ¡Sea lo que Dios quiera! Timidamente, temblándome la mano, dejé caer tres veces el aldabón.

La planta baja constaba de un amplio almacén, repleto de mercaderías, y de un despachito con unas cuantas sillas, una biblioteca, algunos archivadores y un escritorio sin más adornos que un crucifijo y un almanaque recordatorio de citas y negocios. Allí me recibió. Era un hombre más bien alto, de pelo canoso, algunos años mayor que yo, de mirada firme, decidida, sin concesiones. En aquellos momentos se me cayó el mundo encima; no sabía qué decir, cómo comenzar; se me amontonaron de pronto todas mis desventajas y todos mis temores. Hasta aquel instante no comprendí que yo mismo me había entregado al enemigo. No se me ocurría otra cosa que echar a correr, llegar hasta la puerta y huir. Una voz me frenó:

—Siéntese, por favor; usted me dirá.

Yo me había vuelto mudo; seguía sin encontrar una explicación razonable que aminorase lo absurdo de mi visita; una frase de simpatía y amabilidad que limase asperezas. Me sudaban las manos y la frente; sentía más temor que en la misma calle. Esta vez ya fue más seco y enérgico el requerimiento:

—Usted dirá.

De pronto, un algo se desató en mí; fue un hablar y hablar y hablar, sin resuello, a borbotones, barbullando, sin cohesión, sin establecer premisas y consecuencias; mostrando impudicamente a un desconocido la misera desnudez de mi alma, mi miedo, mi angustia, mi desesperación:

—Un grupo de requetés y de falangistas me acaban de detener en mi casa; me han llevado a la Comisaría. Allí los llevarán a todos; a todos nos van a matar; detrás de las tapias; detrás de las tapias. Me escapé de la Comisaría; cuando vuelvan a cogermme me matarán en mitad de la calle; mi mujer y mis hijas se quedarán en el mayor de los desamparos. Yo no hice nada malo; le juro a usted que nunca hice nada malo; que nunca hice daño a nadie; me van a matar como a un asesino, mancillando mi nombre para siempre. Que me lleven a un Tribunal para que me oiga y me juzgue. Haga usted de mí lo que quiera; me pongo en sus manos; protéjame; escóndame; a usted no le dirán nada...

No me interrumpió ni una sola vez; oía, solamente oía. No sé si me estaría mirando; yo no me atrevía ni a levantar la cabeza; mi conciencia estaba arrodillada ante él como ante un confesor; llorando la contrición de una culpa que no encontraba a pesar de mi afanosa búsqueda por entre los recovecos de mis arrepentimientos.

* Contestó despacio, midiendo las palabras, pesándolas, usando la balanza como en la venta de sus mercancías, con un tono doctoral, de púlpito, que paralizaba al contrario y lo dejaba sin fuerzas para poder dialogar y rebatir:

—Es muy humano y explicable que dada su exaltación y nerviosidad no se dé usted cuenta de las consecuencias de lo que me está pidiendo. Si no escuché mal, usted pretende ¡nada menos! que yo le dé asilo en mi casa haciendo traición a la confianza que el Partido tiene depositada en mí, y precisamente en unos momentos tan decisivos como estos que estamos viviendo. Que yo me convierta en un cómplice o en el encubridor de sus responsabilidades, ¿no ve usted ahora lo imposible de su solicitud? Si le puedo decir que yo, personalmente, no conozco en su contra de ningún cargo concreto que le haga merecedor del grave castigo que quieren imponerle. Pero usted tiene que comprender que en estos levantamientos, en esta lucha para derribar al Gobierno, hay que transgredir las leyes que éste ha establecido; por eso se lucha. Hay que aguardar al día de la victoria para que la situación se normalice, y, con el nuevo orden, se vayan creando y estableciendo las instituciones necesarias para la buena marcha de la Nación. Sería injusto e imposible tratar de domeñar a esta generosa juventud nuestra que ofrece su vida por la patria, por su Dios, por su religión, por la reconquista de sus fueros; por esta juventud que se ha visto

despreciada y humillada y que tantas y tantas deudas tiene que cobrarse.

Ni yo me atrevía, ni había medio de meter baza; comprendía lo inútil de toda nueva tentativa. Siguió perorando:

—Tampoco está usted tan exento de culpa. El mal ejemplo es el peor de todos los pecados. Precisamente usted, que pertenece a una de las familias más nobles y distinguidas de Navarra, parece que tiene a gala el presumir de su falta de religiosidad. Se ha entregado por completo al capricho de los obreros actuando al dictado de ellos. No me interrumpa, por favor; un momento nada más. Usted, que es el primer terrateniente de este término, le ha dado últimamente por repartir entre sus colonos sus casas y sus tierras. ¡Si esto no es comunismo dígame qué cosa es! Está usted incitando a otros arrendatarios, que siempre fueron sumisos y respetuosos con sus amos, a que les reclamen su parte violentamente, sin que podamos prever lo que pueda ocurrir.

¡Qué extraño! Se me había volatilizado el miedo y ocupaba su lugar un coraje irreprimible, impetuoso, embravecido por aquellos latigazos de hipócritas falsedades, de injustas acusaciones que mi verdad y mi orgullo acababa de recibir.

—Discúlpeme, señor; yo también le ruego que tenga la amabilidad de escucharme. Tal vez la historia resulte un poco larga. No se trata ahora de salvar mi vida, sino de que usted, que ha tenido la atención de recibirme, disipe sus equivocaciones y sepa a qué atenerse respecto a mí. Acaba usted de reconocer, y lo sabe tan bien como yo, la religiosidad de mis padres y de toda mi familia. Y yo me eduqué, durante siete años, en el internado de un colegio de padres jesuitas; actualmente mis hijas se educan en un colegio de monjas. No pertenezco a ningún partido político y reto a quien quiera que sea, para que prueben si alguna vez se me oyó en meeting o Ateneo, o se leyeron libelos míos en escritos, revistas y periódicos, o se me vio en alguna manifestación presumiendo de ateísmo, invitando a la subversión, a la revuelta, al desorden. ¿Resultaría tan imposible achacar esta persecución a un rencor personal que se vale de las circunstancias para satisfacerlo? ¿O es el acre sabor de la sangre lo que les atrae? ¡Presumir de mi falta de religiosidad! El Obispo anterior, Monseñor Múgica, que ahora es Obispo en Vitoria, no lo entendió así, y es de presumir que se asegurase bien en sus decisiones, y me nombró Secretario de la Junta contra la blasfemia y de la Junta Pro-Catecismo, en el Obispado se podrán encontrar las Actas correspondientes. ¿Quién si no yo instruyó y sobreseyó la causa seguida contra el seminarista aquel que en vísperas de cantar su primera misa fue sorprendido en las murallas con un niño de nueve años en una situación francamente deshonesto, evitándose, por mi mediación, no sólo el escándalo sino que todo un futuro quedase destrozado para siempre? ¿Quién si no yo instruyó y archivó por falta de méritos el proceso seguido contra el sacerdote que decía la misa de once en los Redentoristas, y que un buen día me lo llevaron al Juzgado entre los insultos y apóstrofes de la multitud, acusándole del delito de violación contra

una muchacha de diez y seis años y de la falsificación de unos pasaportes? Yo mismo, personalmente, solos los dos en un coche, me lo llevé a un convento para que allí lo amparasen; le pagué, de mi bolsillo particular, un viaje de ida y vuelta a Burgos, ya que ni el Obispado, ni ninguna orden religiosa se quiso hacer cargo de estos gastos. ¿Quién sino yo, en el proceso por el robo en la Catedral, disimulé y calló el estado de abandono en que se tenían todas las reliquias históricas y religiosas, completamente abandonadas, tiradas en un desván, sucias, rotas, sin envolver o guardar en alguna caja, sin un inventario o lista que las comprobase? Creo que en estos casos tuve bastantes oportunidades para mostrar y hacer gala de mi falta de creencias.

“Usted ha sido administrador de los bienes de mi padre, por ello le consta que esas tierras están arrendadas a los mismos colonos hace un sinnúmero de años. Yo estaba intentando cultivarlas por mi cuenta, y aunque los actuales colonos tienen mi promesa de ser ellos los preferidos cuando necesite de peones, quise darles la tranquilidad de que nunca les faltaría un cobertizo en donde guarecerse, ni un pedazo de tierra en donde pudiesen picotear unas cuantas gallinas. Indudablemente soy un irracional; a este acto mío de comunismo, mi desviada y alocada conciencia tuvo la osadía de llamarlo caridad cristiana.

“Una persona destacada de su Partido es el Cabo de re-



quetés Antonio Lizarza; a él le puede preguntar. Validos de mi confianza, él y un primo mío, oficial retirado de la Escolta Real, atendido a la ley de Azaña, mientras yo me iba a trabajar al Juzgado, ellos se quedaban en mi casa tomando mi café, bebiéndose mi coñac, fumándose mis puros y, según me doy cuenta ahora, preparando esta revuelta que puede terminar en una guerra civil. Es de presumir que, por lo menos en compensación de todo esto, si a mí y a mi familia nos hubiesen creído expuestos a una represalia, nos habrían prevenido con tiempo. Yo necesito aumentar con mi trabajo mis ingresos económicos. Por eso desempeño dos cargos. Estoy trabajando más de doce horas al día desde 1926. Son diez años, señor, en que ha habido toda clase de cambios políticos, incluso el radical del cambio de régimen, y sin embargo, yo conservé siempre mis dos puestos. Creo que es cosa de fijarse en esto.

“Mi puesto de Juez se nombra por elección, en la que interviene el Presidente de la Audiencia, los Presidentes de los Colegios de Abogados, Procuradores, Notarial y el Registrador de la Propiedad.

“Presido veintinueve Jurados Mixtos del Trabajo, llamados antes Comités Paritarios, y siempre he sido elegido por el voto unánime o mayoritario de patronos y obreros. Bien sabe usted que durante todo este tiempo no ha habido una huelga, ni un disturbio, ni una manifestación obrera. Ahora mismo, y para las vísperas de San Fermín, se había anunciado un paro general en las industrias, comercios, construcción, etcétera. No ha pasado nada; mi intervención y esfuerzo personalísimos lo han evitado.

“Si son esos advenedizos de falangistas los que necesitan más datos, que le pregunten a su jefe José Antonio Primo de Rivera. El podrá decirles que es amigo mío; que nos conocemos desde hace años; que más de una vez hemos cruzado nuestras espadas en la sala de armas de Lanchó y Afrodisio, en la Plaza del Ángel, en Madrid, recibiendo sus clases de esgrima; que él es el abogado que lleva mis asuntos ante el Tribunal Supremo; que yo, en unión de mis primos los Ansaldo, le hice compañía durante toda la noche precursora del desafío a sable que tenía pendiente con el capitán de aviación Rexac, en el de la Mañueta, pudiendo, más tarde, librarle de toda responsabilidad al dar por concluso el expediente que se abrió al efecto.

“Podría seguir hablando, pero no quisiera cansarle más. Sea usted bondadoso conmigo y permítame salir...

Se hundió mi cabeza entre mis rodillas. Mis fuerzas se habían agotado. Era el naufrago que llegaba a la orilla. Ya no me importaba nada de nada.

Por las cercanías de la casa debían de rondar grupos de mozos bullangueros; sus risotadas los delataba; o eran unos inconscientes e irresponsables o estaban ignorantes de lo que acontecía en la ciudad. Alegres y contentos daban salida a su adiós a las fiestas. Sus gargantas, rotas por el alcohol y las griterías, desentonaban todas aquellas canciones, himnos y estribillos, exclusivos de los sanfermines, que tardarían un año en volver.

El amo se levantó y comenzó a pasearse por el despa-

cho. Eran pisadas desproporcionadas, nerviosas, como si telegrafiasen la indecisión de sus pensamientos. Yo, inmóvil, le seguía a todas partes con el rabillo del ojo. El amo se paró de pronto, se acercó a la mesa y pulsó el timbre que había sobre ella, con agresividad:

— ¡Fermina!

— Mande, señor.

— Oye, ven un momento.

Aunque ya entrada en años, Fermina era más bien alta, esbelta, musculosa, fuerte, no podía negar su ascendencia vasca; sólo había un ceño en su tersa frente que quedaba disimulado por el claro azul de sus ojos. Respetuosamente esperó.

— Si alguien viniese a registrar la casa, yo no sé nada de este señor. Puedes decir, si lo sorprenden, que acababa de llegar; que te engañó haciéndose pasar por amigo mío y que aquí me estaba esperando. Llévalo al lavadero, ciérrala y tráeme la llave.

No dije nada; me callé; ni le di las gracias. Aquel inesperado final de telón rápido me había dejado perplejo, anonadado. Seguí a Fermina como un autómata de pasos inseguros. Subimos muy pocos escalones. El pasillo era estrecho, con un amplio ropero y un ventanal al fondo. Un leve empujón sobre mis hombros me obligó a entrar en este cuarto; las órdenes se iban cumpliendo al pie de la letra: cerró la puerta, dio doble vuelta a la cerradura y se llevó la llave.

No tengo la culpa de continuar bajo este agobio de sufrimientos, pero soy un pusilánime, un cobarde, un esperanzado sin esperanza, tal vez un presuntuoso de dignidad que repele lo que considera sería una felonía cometida contra la generosidad que me está brindando el amo. Pero la técnica es sencilla: así están el barrote que cruza el tragaluz, una camisa de la que pueden sacarse cuantas tiras sean necesarias para confeccionar un nudo corredizo, y un cuerpo y un cuello dispuestos a balancearse en los aires bailando una danza de maldiciones.

Hay algo más, pero tan íntimo, tan profundo, tan mío, que se resiste a quedar escrito en un papel. No es por rubor o por precaución, al contrario, estoy orgulloso de ellos, no sólo los amo con todo mi corazón sino que los respeto y los admiro. Ellos son la única dicha en mi continuo lamentar, venerada en el santuario de mi alma, donde radiantes y poderosos vivirán inmortales sin riesgos de olvidos y perdones. Ellos son el fruto de mi matrimonio con esta injusticia que me atenaza y que me acosa: el odio y la venganza. Nunca esperé concebirlos. En mi constante sumisión, en mi hombría de bondad, en mi respeto y adhesión a la moral y a la ley, no tenían cabida; no los había podido descubrir ni en el gesto ni en las palabras, ni en las acciones de los hombres que los tenían escondidos cuidadosamente en espera de su oportunidad. ¡Y cuán bellos aparecen! Siempre serán jóvenes; ya no podrán separarse de mí; ¡Pppssstt, silencio! dejadme gozar en toda su intensidad de los acariciantes y prometedores dolores de este parto.

Ya es cerrada la noche y el amo y Fermina habrán cenado. Ahora me toca a mí. Se acentúan mi sobresalto y



mi inquietud. Son los instantes aguardados con tantas ansias a lo largo del día. Fermina puede darme noticias de los míos, de lo que está sucediendo en el resto de España, de si el amo le dió algún recado para mí capaz de florecer alguna esperanza. Bien sé que son vanos mis empeños; que se repetirá lo de todas las noches, pero necesito vivíroslos una vez más para convencerme. Se abrirá la puerta y en ella quedará enmarcada Fermina con el paquetito de la comida en una mano, y en la otra la achatada y panzuda botella verde de cuello estirado, todo mocososo por la cera de la vela, y que nos sirve de candelero.

— Buenas noches, señorito. No, no hay nada nuevo, pero no debe de ponerse nervioso el señorito; cualquier noticia que pueda interesarle la sabría el amo antes que nadie y él se la diría. Confíe, señorito, confíe. Ya sabe que la Virgen del Camino nos protege. No sabría decirle, señorito; apenas si sé leer y no tengo tiempo de entretenerme en los periódicos; el amo no me dice nada.

Lo de todas las noches. Inútil e imposible el insistir. Ahora viene la segunda parte: como si previamente estuviese convenido, Fermina se hace la distraída y me deja salir del cuarto. Ya sabe adonde voy; es la única oportunidad en todo el día; voy a su mismo retrete que está en el pasillo. Será una nimiedad, una estupidez si se quiere, pero cuando de nuevo me presento ante Fermina siento

en mis mejillas el calor de la vergüenza. Hago como que ceno, con prisas, deseando que me vuelvan a dejar solo. No tengo que esforzarme en disimular; la comida es la de siempre: filete o tortilla y queso o alguna fruta.

- Que descanse, señorito.
- Igualmente y gracias, Fermina.

Volvieron a cerrar la puerta. Siempre me cierran la puerta como si estuviesen temerosos de que se escapase mi soledad.

Extiendo la colchoneta sobre el suelo; me envuelvo en la manta y aunque intento acostarme cuan largo soy, para relajar músculos y articulaciones, siempre acabo arrebuñado y encogido. Este podría ser mi momento de abstracción, de quietud, de meditación, pero es algo imposible para mí, como si desconociese su sentido, sin que puedan alejarse de mí pensar las mismas ideas siempre bullentes y en sazón. Sólo se me permiten mágicas escapadas hacia lo fantástico, lo irreal, lo imaginario; son ensañaciones. ¿No puede haber hermandad en el hombre? ¿Necesariamente lleva en sí la maldad y necesita del crimen y la violencia para sobrevivir? ¿No conoce la palabra y los hechos del amor y del consuelo?

¡Ya va! ¡Que ya va! Los impacientes gritos de Fermina no conseguían acallar, ni tan siquiera amortiguar, los fuertes golpazos del picaporte de la puerta de la calle que parecía venirse abajo, ni los irritados murmullos que los acompañaban. Me sobresalté con angustioso sobresalto que de inmediato se convirtió en pánico. Estaban llamando a la puerta para entrar en la casa porque sabían que yo estaba allí. Lo revolverían todo, lo registrarían todo hasta encontrarme; me detendrían, me llevarían con ellos. ¿Qué pasaría después? No podía ni quería contestarme. Instintivamente busqué dónde refugiarme en aquel pequeño cuarto, sin darme cuenta que era el cepo que me retenía, que me sujetaba para ponerme en sus manos. Como siempre me empapé en sudor, aparecieron las náuseas, el temblor iba adueñándose de mi cuerpo. Entró Fermina; parecía tranquila; algo más adusto el gesto de su cara; más brillo en su mirar, un tenue rubor en sus mejillas; sus palabras, como siempre, pausadas, inalterables:

—Que no le vean nervioso, señorito; el amo no está en casa; son tres de la falange que vienen a registrar; no hay más remedio que abrirles la puerta; yo procuraré entreternerlos abajo lo más que pueda; tome estas tenazas y este destornillador y haga como que está arreglando la llave de la luz, la del descansillo de la escalara; levante bien el brazo para taparse la cara.



No sabía explicar mi estado de ánimo. Estábamos en plena acción; ya se confundían las voces de Fermina y las de los falangistas que estaban dentro de la casa y pronto empezarian a moverse, y sin embargo yo me encontraba relativamente tranquilo; es decir, envuelto en unas sensaciones que no eran, ni con mucho, las que esperaba sentir. Mi miedo era un miedo, un temor indefinible, impreciso, desconocido, que no sabía localizarlo en un hecho o en una amenaza realizable y posible. No podía comprender el por qué de todo aquello, que fuese yo el protagonista de aquella pesquisa, de aquella persecución con el fin de cobrarme una culpa de la que no sabía acusarme mi conciencia; me resultaba el juego de una fantasía o de una pesadilla; era como si todos nos estuviésemos preparando para el ensayo general de alguna obra de teatro. Lo que sí era una realidad inmediata, y que de momento absorbía toda mi atención, era el arreglo de la llave de la luz; lo había hecho tantas veces en casa, era tan conocido y guardado dentro de mí, que surgió al exterior sin ningún esfuerzo; realmente era un electricista que estaba componiendo una llave eléctrica.

Oí las primeras pisadas en la escalera; alguien la subió con dos o tres trancos, pasando a mis espaldas, sin fijarse en mí; llegó al pasillo donde estaba mi cuarto abierto de par en par; una rápida mirada le debió convencer de que allí no había nadie. Con la misma premura y resultado volví a sentirle detrás de mí inspeccionando las habitaciones del amo, y luego reunirse en la planta baja con sus compañeros que debían de estar buscando por el almacén en donde por el amontonamiento de sacos y cajas de mercaderías era más propicio el escondite.

Las voces se habían normalizado; su tono era el de un diálogo común y corriente y hasta el adiós que cerró la puerta me pareció amigable.

Me volví a mi cuarto y allí me derrumbé; había sido excesiva mi tensión nerviosa para mi escasa resistencia:

—¿Lo ve, señorito, cómo todo ha salido bien gracias a Dios? ¿Le subo un poco de vino o todavía le queda en la botella? Un buen trago no le caerá mal.

El amo llegó a casa más pronto que otras veces. Hubo que contárselo todo con el mayor detenimiento. Como era natural todo su coraje lo desfogó conmigo:

—¿Usted ve a lo que me expone? No sé por qué me metí en esto; por demasiado bueno. ¿Qué será de mi reputación, de mi nombre y prestigio, de mi adhesión a la causa si llegan a descubrir que lo tengo a usted escondido y protegido en mi casa? Esto tiene que terminar y de una vez por todas. Yo no quiero perjudicarlo, pero ya puede usted ir pensando en alguna y pronta solución.

Nada podía decir y ni siquiera hice el intento de replicarle; me callé; tenía razón y además creía adivinar que en aquel desahogo había más ira contra el atrevimiento y falta de respeto de falange al registrar su casa, que contra mí mismo.

Pero el amo debía de conocer aquel juego y no se contentaba sólo con palabras. Tal vez él mismo había ordenado y dirigido algún registro y sabía el modo de proceder en aquellos casos. Los primeros registros eran como

fintas, tanteos para hacerse presentes y dar confianza al que estuviese escondido, quien se despreocupaba por una temporada. Contando con esa confianza, volvían a presentarse de improviso, a las pocas horas, generalmente de noche, para que el brusco despertar aumentase el temor, confundiese las ideas y desarticulase todo disimulo.

Ya he dicho que en el pasillo, al fondo, a la izquierda de mi cuarto, había un amplio y antiguo ropero de roble. Lo que no supe, hasta el momento en que Fermina trajo la escalera, es que la altura del armario no permitía ver la especie de trampa que al levantarse comunicaba con el desván, en el que una gruesa viga sostenía el tejado. Allí me obligaron a esconderme. Eran tantas las rendijas, que a pesar de la manta que me llevé apenas si podía defenderme de aquel viento helador. Además, debía de permanecer inmóvil, sentado sobre la viga, sin hacer ninguna presión sobre el suelo que por ser de cartón alquitranado podría agrietarse en cualquier momento; esta forzada quietud aumentaba el frío y la incomodidad.

Enseguida los vi, allí estaban seguros y al alcance de la mano; dos fusiles y una buena dotación de municiones. Todo lo tenían dispuesto desde hacía tiempo. No les bastaba con la traición del ejército, preparado para dar el zarpazo en el momento oportuno, sino que, además, se contaba con la adhesión incondicional de una mayoría de la población civil tradicionalmente levantisca, reaccionaria y agresora, bien pertrechada para poder lanzarse a la calle impunemente. Y todo esto en las mismas narices de unas autoridades republicanas estúpidamente confiadas, ineptas, negligentes, y quién sabe si hasta desleales. Nos lo teníamos bien merecido. Estas mismas gentes habían visto llegar a la República sin que nadie las molestase, sin una amenaza o peligro que las obligase desde sus primeros ataques en los corrillos y periódicos.

He pasado una noche imposible de olvidar. Aquella forzada inmovilidad me tenía aterido, sin poder atrapar una relativa tranquilidad que me sosegase de tantas inquietudes.

Era ya muy pasado el medio día cuando vino Fermina con la escalera para ayudarme a salir de aquel escondite y volverme a mi cuarto. El amo ya había estado en casa, y por lo que Fermina me dio a entender se encontraba tranquilo y satisfecho con las explicaciones y excusas que le habían dado en la Junta, prometiéndole que aquello no volvería a suceder.

Nunca podré explicarme y comprender el mecanismo de mis reacciones ni lo inoportuno de mis sentimientos. Después de las angustias y temores pasados, cuando más seguro podía estar para aprovecharme de unos momentos de tranquilidad, era cuando con mayor fuerza volvía a revivir todo lo sucedido. Y no me bastaba con la verdad del recuerdo; yo mismo me iba excitando, ensombreciendo aún más la realidad pasada, creando fantasmas corpóreos, que no habían existido, que me llevaban a un estado de espanto y desesperación imposible de domeñar.

Se hallaban frente a mí, los palpaba, les hablaba, distinguía perfectamente sus camisas azules de falangistas y

sus rojas boinas de requetés; habían abierto las puertas empuñando sus pistolas y me contemplaban amenazadores, socarrones, bien confiados de que me tenían en sus manos, de que esta vez no podría escapar.

No perdían el tiempo, iban a lo suyo, tenían prisa. A empujones me obligaron a bajar las escaleras; conduciéndome casi a rastras atravesamos el prado y la carretera; me llevaban al solar de enfrente de la casa, el de las tapias blancas; ¿acaso no me lo había advertido el Comisario? "Los matarán en el primer recodo del camino o detrás de las tapias de algún solar".

Trabajaron de prisa; bastó con un solo tiro; un tiro certero; en mitad de la nuca; allí caí yo, sobre inmundicias, ortigas y malezas; con el labio desprendido, la mandíbula desencajada que pronto convirtió a mi boca abierta en un laboratorio negruzco por las procesiones de hormigas, de abejorros, de avispa, de moscardones que iban a libar el licor de la muerte. Los ojos desorbitados, fuera de sus cuencas, blancos, blancos, sin pupilas, sin párpados, faltos de una mano de amor que los cubriese y los cerrase, fijos en vastedades que no podían ver. El aletear de los hambrientos se acercaba; los círculos de su vuelo se iban estrechando, estrechando, cada vez más espesos; eran los buitres, los cuervos, los grajos de picos rojos y de uñas largas y negras; sus jubilosos graznidos llamaban al ban-



quete: igual que fui para los otros, también ahora era presa segura.

Se lanzarán sobre mí como una lluvia de flechas; me picotearán; me desgarrarán, me mancillarán; comerán de la carne de mi cuerpo convertida en carroña, de la podre de mi cuerpo. ¡No, esto no! ¡No quiero! ¡TENGO MIEDO! ¡Las tapias, no; las tapias, no! ¡Enterradme en un puñado de tierra sembrada de eternidades: una cruz de redención!

—Señorito, ¿le pasa algo?

—Nada, Fermina, gracias.

Lo que me estaba diciendo Fermina, por más que lo repitiera una y otra vez, no podía ser verdad; era una quimerista que se inventaba aquella fantasía para entretenerme mientras cenaba. La noticia me entontecía, no se atrevía a pasar de mis oídos y penetrar en mi cerebro con todas sus consecuencias. Comencé a dudar cuando Fermina me juró y perjuró que la noticia se la había dado el amo. Era una noticia increíble, pero por lo visto cierta; una noticia escueta, sin añadidos, falta de detalles que facilitasen las deducciones y comentarios. Se había captado repetidas veces, en la radio del casino, la emisión de la radio de Bayona, en Francia, que hacía saber que yo me había suicidado y que mi cadáver había aparecido en el hotel X. Mis dudas se iban debilitando y ya intentaban apoderarse de la noticia como verdadera. Después de todo ¿por qué no podía ser cierta? ¿Era tan imposible que algún amigo mío, residente en Francia, sabedor de la persecución de que era objeto, se decidiese a emitir una noticia que necesariamente habría de desorientar a mis perseguidores? Y por lo que me decían, había cumplido con su cometido al ser creída por todo Pamplona, quien la comentó como justo castigo a mis perversidades, aunque también hubo el caritativo y valiente que se atrevió a externar una piadosa conmiseración por este trágico fin de mi vida.

Lo más extraordinario es que hasta las mismas autoridades estuviesen convencidas, llegando al extremo de autorizar a mi mujer y a mis hijas para que se fuesen a Francia a recoger mi cadáver. Toda mi insistencia para conocer más detalles se ha estrellado contra la ignorancia, real o fingida, de Fermina, quien sólo ha sabido decirme que nuestra casa ha sido cerrada y sellada.

Esta noticia que hubiese tenido que aseosegarme pensando que calmaría la persecución y el acoso de que soy víctima, me ha colmado, por el contrario, de nuevas inquietudes y preocupaciones con su cúmulo de preguntas: ¿qué será de mi mujer y de mis hijas si han emprendido el peregrinaje de buscarme por Francia? ¿Llegarán a conocer la verdad? ¿Retornarán a España en busca del auxilio de nuestros familiares? ¿Cuál será la situación de todos ellos y el estado político en que vivan? Preguntas, preguntas y preguntas, que al no poderlas contestar sobrepasan el dolor de mi congoja y de mis angustias.

No he podido dormir en toda la noche. Está bien entrada la mañana y hasta ahora no comienzo a distinguir la forma y estructura de lo que me rodea: todo está confuso, obscurecido; informe, sin poder desbrozar mis ideas de los imposibles y absurdos que las

acompañan. Es un lento revivir, que como siempre, me sorprende sentado sobre este cajón de madera, imponderable trono de mis amarguras, jadeante, revegado, mohino, sumido en un marasmo que me inmoviliza, sin poder logizar mis ideas, con un sufrir de pesadumbre, de anodamiento, de no poder levantar la carga que pesa sobre mí. Hasta el recuerdo de ellas me rehuye. Mi pensamiento ya no puede seguirlas y acompañarlas como antes, como cuando estaban aquí, que las encontraba y veía en casa, en el paseo, a la salida del colegio. Ahora es un ver desenfocado, desvanecido, fuera del marco conocido por mí.

No las veo, no las encuentro, se han ido. Vuelvo a estar solo, más solo que nunca, perdido entre los olvidos de un engañoso recordar.

¿A qué Dios, hacedor de todas las cosas, podrán glorificar estos estériles sufrimientos míos?

Gracias a que el amo tiene sus propias maquinillas para que el peluquero le recorte el pelo, ha podido hacerme un gran favor. De él mismo ha salido; yo nunca me hubiese atrevido a decir nada. Anoche, muy tarde ya, me llamó a su cuarto de baño y sin explicación alguna me cortó el pelo al rape; la verdad es que buena falta me hacía despojarme de aquella pelambreira, aunque ahora se me cuele la boina hasta las orejas.

Y no fue esto sólo. Aunque hace ostentación de no dirigirme la palabra, no tuvo más remedio que decirme cuando me obsequiaba:

—Aquí tiene usted estas cosas que supongo le serán indispensables: una máquina de afeitar con sus hojas; una navaja con tijeritas y lima para las uñas; un peine; un cepillo y pasta para los dientes; un espejito. Todo le cabe en los bolsillos y a ver si de una vez se afeita usted esas barbas.

—Muchas gracias.

—De nada, de nada; buenas noches.

De todo corazón le agradezco lo que ha hecho por mí, pues con aquella cabellera y aquellas barbas de ermitaño, necesariamente tenía que ponerme en peligro llamando la atención de cualquiera que me viese.

También en el cuarto hay sus novedades. La buena y Fermina le ha dado un limpión de arriba a abajo. Han desaparecido todos los papeles de la piletta y todos los trastos viejos del rincón, en el que sólo han quedado dos cajas vacías más bien para despistar que para otra cosa. Allí, doblado y extendido sobre el suelo, es donde pondré mi colchón, para poder sentarme en él, recostarme sobre la pared y cambiar de la incómoda y curvada postura a que me obliga el asiento en el cajón de madera, que sigue ocupando su sitio de siempre.

En la piletta, sustituyendo a aquel montón de papeles y periódicos, han puesto ropa a medio lavar; una madera para restregarla y un buen trozo de jabón de cocina. Con todas estas modificaciones el cuarto da la impresión de un lavadero, que es lo que se pretende, y a mí me proporciona una libertad de movimientos que antes no tenía. Además, Fermina me ha dado la llave del cuarto para que sea yo quien la guarde, aunque, como es de suponer, con infinitas advertencias, prohibiciones y consejos. Así,



por la noche, después de que ya estén apagadas las luces y todos acostados, podré salir al pasillo para que se ventile bien el cuarto y yo poder hacer un poco de ejercicio dando unos cuantos pasos. Lo que se me advierte con el mayor interés, es la prohibición de acercarme a la ventana que está en el fondo del pasillo, no sea cosa de que se vea mi sombra desde afuera.

¿Será todo esto un nuevo camino a emprender?

En verdad que soy otro. Hacía más de un mes que no me lavaba y ahora recién afeitado, limpios los dientes, lavadas una y otra vez con agua y jabón las manos y brazos, la cara, la cabeza, el cuello, tengo la sensación de que también me he lavado por dentro, de que mis ideas, siempre angustiosas y pesimistas, se han dado un fresco chapuzón y están dispuestas a renovarse.

Ha llegado la noche; he salido al pasillo un tanto incitado por el remusgo de aquella aventura. La fatiga se apodera de mí; a pesar de mis esfuerzos no me responde la seguridad de mis piernas, faltas de fortaleza. No sé hacia dónde caminar; me inquietan aquellas alargadas negruras que mi temor va poblando de engendros y fantasmas.

El tic-tac del reloj del comedor llega hasta mí con toda la verdad de su sonido, sin paredes ni tabiques que lo amortigüen; jamás lo había oído tan cercano ni tan nítido. Ha subido por las escaleras pisando fuerte, desbrozando y apartando silencios importunos; adueñándose de aquella oscuridad que me encubría, como si intentase delatarme. Aquel tic-tac que era como el hálito, como

el respirar del tiempo, como el tiempo mismo; el tiempo inmovible, inmortal, sin el que nada existe ni nada puede ser. Y yo lo tenía al alcance de mi mano sin poder aprehenderlo, sin poder adueñarme de él y borrar, cambiar el rumbo de lo que ya está escrito; llegar con premura al final desconocido que me aguarda.

El deseo incontenible me empuja hacia la ventana. La prohibición edénica me recuerda: "Pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis".

No me atrevo a dar un paso más. Si pudiese abrirla, respiraría con el mismo respiro de los que están afuera; absorbería el olor a tierra mojada de los prados; humedecería mi cuerpo con el relente de la noche; contemplaría el parpadeante refulgir de las estrellas. Tengo que retornar a mi escondite con el peso de la tentación. Huir de la ventana: "Ni la tocaréis, para que no muráis".

* * *

¡Desdichada España! No podía ni imaginar que fuese de tal magnitud el sangriento desastre en que estamos sumidos. Sólo conozco algunas noticias y referencias a hechos ya pasados que me fuerzan a conjeturas y supuestos entresacados de este grasiento pedazo de papel de periódico en el que anoche me trajeron envuelta la comida. ¡Estamos en plena guerra civil sin otra solución que la de matarnos, despiadadamente, los unos a los otros! Los rebeldes se han apoderado de casi toda Andalucía, de Navarra, de Zaragoza, de Extremadura, y no sé de cuántas otras pro-

vincias y capitales más. Tienen sitiado a Madrid y a las provincias del norte; a los prisioneros se les ametralla sin previo juicio y a los pueblos se les bombardea hasta con aviones.

¡Qué va a ser de nosotros! Los rebeldes están instruidos, organizados y mandados por los militares de siempre: los amos y señores de nuestros destinos; los perjuros y traidores a la Monarquía y a la República; los insolentes y provocadores cuartereros de cuarto de banderas, los de fanfarría cabaretera, los privilegiados intocables; los de los desastres del Rif: la dictadura de Primo de Rivera; la destrucción de la primera República y restauración monárquica, con Alfonso XII, en el siglo pasado; las guerras carlistas en las que su ejército se nutría de las desertiones del ejército nacional; las continuas asonadas y levantamientos del pasado siglo. ¡Desdichada España!

Ha sido un despertar de sobresalto, de presagio, en el que la corazonada avisa la desgracia que se aproxima y se escuchan los pasos del que se acerca. Apenas si debe de estar saliendo el sol. En mi cuarto todavía no despierta ni despreciza la penumbra.

El rumor llega desde lejos; son voces que suenan como el repuntar de una marea tormentosa que comienza, de una turbonada; predominan en él la agudeza de la voz femenina formando un todo que no admite la conversación ni el diálogo; es una voz orquestada al unísono que siempre dice lo mismo. Sus avanzadas deben de estar pasando

frente a la casa; van en dirección a los fosos de la Ciudadela; se percibe con toda claridad el tono mujeril que es de curiosidad, de injuria y de reniego.

El murmullo se ha convertido en expresión de turbamulta. Han debido de llegar a su destino. Los curiosos esperan el espectáculo de lo inevitable. El silencio es absoluto; ni el viento debe mover las hojas de los árboles. Ahora es un solo grito viril, uno solo, de desesperación, punzante, de imprecación, de blasfemia, contestado con una descarga cerrada de fusilería. Tiros sueltos, acompasados, de pistola; son los tiros de gracia que sujetan y aseguran la muerte: uno, dos, tres, cuatro... catorce: ¡Catorce fusilamientos!

Se abre la mañana llena de sol y por ella escapan culpas y remordimientos.

Por la noche me lo ha confirmado Fermina. Su fidelidad hacia el amo no es suficiente para acallar sus buenos sentimientos. Nada dice de los fusilamientos que son cosa de los Tribunales y ella no entiende; pero lo que no admite ni se explica es que haya mujeres tan desalmadas que vayan a presenciarlos. Y lo peor son los domingos, cuando la plaza del Castillo se llena de gente después de la salida de la misa de doce y todos están tomando el aperitivo. Es cuando aprovechan para pasear en fila a las mujeres que pasan por rojas, descubiertas del todo, cortado el pelo al rape y afeitadas las cejas. ¡Hay que oír como las insultan y qué de cosas no las dicen! Tal vez no sepa Fermina que en



las guerras civiles pasadas, a más de raparlas las emplumaban con alquitrán y las paseaban por toda la ciudad montadas en borriquillos.

¿Cómo ha formado el hombre sus conceptos del bien y del mal para que cruel o empecatado sólo se regocije con sus maldades y con el sufrir de los demás?

Durante mucho tiempo fueron públicas las ejecuciones en espera de que atemorizaran con su ejemplaridad. Pero, muy al contrario, se convirtieron en espectáculos de fiesta y jolgorio, de bota y merienda. En ese día era cuando más relojes y carteras se robaban, y de nada servía el severo pescozón que el padre daba a su hijo con el consabido añadido: Toma, para que te acuerdes.

Todavía no hace cien años de todo esto. Era en la época en que Pamplona apenas si contaba con una población de veinte mil almas. Lo mismo que ahora, ya se ejecutaba en garrote vil que había sustituido a la horca en los crímenes considerados como de orden civil. Las ejecuciones se llevaban a cabo en la Vuelta del Castillo.

Era una procesión macabra que recorría las calles de la ciudad. El reo iba en un carrito rodeado de cuatro o cinco curas; vestía una hopa amarilla con llamas rojas y, por lo común, para hacer más ostensible la afrenta, le cubrían con una corzoa o capirote cónico, hecho de papel y engrudado. Delante del carro, abriendo paso, iban dos filas de disciplinantes encapuchados, portadores de cirios amarillos, cantando responsos o letanías. Por último iba el verdugo, el buchín, como le llaman en germania, a pie y braceando. Todas las campanas tocaban a muerto. Personas piadosas recorrían la ciudad con una campanilla y un cepillo de ánimas, pidiendo limosna en nombre del condenado: "Por hacer bien por el alma del que van a ajusticiar".

Hoy en día, en que las ejecuciones son privadas sin más asistencia que la de aquellos previamente designados por la ley, he tenido que presenciar algunas. Es algo que jamás se puede olvidar.

El garrote está formado por una estaca o palo, más bien estrecho, firmemente sujeto al suelo. En esta estaca hay un pequeñísimo saliente en el que apenas si puede sentarse el reo, las manos esposadas y atadas a las rodillas. El verdadero garrote, el aparato con que se ahorca, queda a la altura del cuello. Es de hierro, tiene forma de estribo y se abre y se cierra para poder introducir en él el cuello de quien se va a ajusticiar. Ha de ser lo suficientemente consistente para poder resistir el empuje que recibe el cuello del grueso tornillo que movido por una especie de manubrio viene de atrás a adelante y quebrando las vértebras cervicales produce la muerte instantánea que se advierte por una rápida contracción de las atadas manos del reo. Si el verdugo que ejecuta es decidido y sereno, con una sola vuelta del manubrio basta; pero si es indeciso y se acobarda, son horriblemente trágicas y penosas las muertes de los ejecutados. El verdugo de Burgos, que tenía en su haber ochenta y tantas ejecuciones, era un buen amigo y servidor de la muerte.

Los reos entran en capilla a primera hora de la tarde. Es una capilla modesta, más bien pequeña, en la que se destacan lo sobrio del altar, los reclinatorios para las confesiones, unas cuantas sillas y dos camastros por si alguien

quiere recostarse en ellos. El tiempo transcurre con lenta pesantez. Generalmente no se habla; rara vez se hace un comentario o se formula una pregunta; no se hace otra cosa sino fumar y tomar café. El silencio no se altera por ningún motivo. En ese día los presos no salen al patio ni los centinelas dan las voces de alerta; tan sólo alguna rara vez, como una brisa, se oye el tenue bisbisar salido de un grupo de tocas monjiles que se atreven a caminar por corredores y crujiás. Conforme va avanzando el tiempo se dificulta más y más el dominio de los nervios; otra taza de café y otro cigarrillo.

El teléfono de la cárcel está conectado, permanentemente, con la Audiencia, que es de donde puede venir alguna noticia. La Audiencia, a su vez, está en continua comunicación con Madrid. Aunque el Tribunal Supremo confirmó la sentencia condenatoria, todavía no se ha dicho la última palabra; a este fin se ha reunido el Consejo de Ministros, por si estima conveniente aconsejar y suplicar de la benevolencia del rey la conmutación de la pena. Son las diez de la noche. Terminó el Consejo de Ministros sin acuerdo de súplica: ha de cumplirse la sentencia. Serán ejecutados después de salir el sol, a las seis de la mañana.

Hubo que decirselo a los reos que recibieron la noticia inmutables y silenciosos. Se van muriendo poco a poco: su frente sudorosa, el alargamiento de la nariz, el hundimiento de sus mejillas, que hacen más prominentes sus pómulos teñidos de un color amarillo verdoso, delatan la angustia de su agonía.

Pronto amanecerá. Entran en la Capilla los confesores; los reos se arrodillan en los reclinatorios; son confesiones breves guiadas por los confesores. A media voz se les oye a éstos la absolución: "Si est bene dispositus ego te absolvo a peccatis tui... Vade in pace". Este obligado "vade in pace", *ve en paz*, sacerdotal, dirigido a unos hombres llenos de vida que los van a matar dentro de unos minutos, nos emocionan a tal grado a algunos oyentes, que no tenemos más remedio que salir al pasillo, abandonando la Capilla, mientras los confesos rezan sus penitencias. Estos comulgan en la misa que se dice a continuación.

Todo lo previsto y reglamentado se va cumpliendo con la mayor rapidez. Entran los Hermanos de la Paz y Caridad; cada dos de ellos se hace cargo de un reo para acompañarlo, consolarlo, ayudarlo en aquel arrastrar de pies por el interminable corredor: junto a ellos va también el sacerdote que los confesó rezando latines y jaculatorias; una curiosidad o piedad monjil reza el rosario en un rincón.

¡Ya hemos llegado: todo terminó!

Los que nos hemos visto obligados a concurrir, firmamos el acta a toda prisa. No hay ningún diálogo entre nosotros, ni nos miramos a la cara, ni tan siquiera nos decimos adiós. Estamos ansiosos de huir, de llegar a la calle, de encontrarnos en nuestras casas. Han resultado vanas mis esperanzas de olvido y descanso. No ha habido bromuros ni calmantes que me permitan recuperar parte del sueño de la noche pasada. Se adueñan del delirio de mis visiones el terror y el remordimiento: un puño cerrado, con un monstruoso dedo índice que me señala, me persigue inexorable y pertinaz en su acusación; ¡Tú has sido!

